

agus leal



recuperación

Agus Leal

Recuperación

y otros cuentos

Ilustraciones:

Amanda Tejo Viviani

Ediciones Microcentro

El Riachuelo

Estoy dentro de un auto, sentada en la parte de atrás con tres amigas. Al volante un hombre mayor maneja a toda velocidad. Tengo miedo y vértigo. La ruta no me da confianza, esta hecha de un inflable amarillo y aceitoso y cualquier maniobra nos puede hacer descarrilar. El cielo está cubierto de nubes blancas pero reina la oscuridad. Es de noche. Por la ventana puedo ver el Riachuelo rioplatense. Me llama al silencio con su color negro. Negro, negro, negro. El agua es brea líquida, siento su apetito mortífero. La brea intoxica hasta la muerte. Cierro los ojos y agarro fuerte de las rodillas de mis amigas y pienso para mis adentros: si muero acá será así, si muero será rápido, si muero será inevitable. Un impacto de lugar desconocido me vuelca sobre una de ellas. El inflable comienza a girar sobre si mismo. Entramos en una espiral que nos sumerge en los adentros del Riachuelo. Gritamos de terror con cosquillas. Es como una montaña rusa, siempre y cuando me olvido que no lo es. Nos adentramos en el remolino de brea hasta entrar por un hueco y me siento como si hubiese entrado al interior de un cuerpo. Me absorbió una vulva gigante. El clima cambia, el auto desaparece. Creo que atravesé un portal. Mis amigas desaparecen rápido. Yo estoy recostada, desnuda sobre una cama matrimonial. ¿Darle espacio a la razón? No puedo entender más que sentir. Siento miedo y pudor de una cama matrimonial. Trato de cobrar consciencia más allá de mi cuerpo. Veo a mi alrededor. Estoy en una habitación lúgubre, húmeda. No sabría decir bien de qué están hechas las paredes. Parece barro húmedo. Alcanzo a ver una puerta. Está abierta pero no sé que hay más allá. Ah, cierto. Estoy bajo Tierra. Sí, me siento en el interior del planeta tierra. La concha de mi madre es real. Respiro cada vez más agitada y veo el aire que entra por mi nariz, llega a mi pecho y sale por mi boca de a poco empieza a levantar un remolino de polvo adelante mío. Mi respiración se confunde y empiezo a toser. Ay no, no sé bien que me pasa. Algo quiere salir de adentro mio. Es la sensación más extraña que jamás sentí. Algo inherente a mí está pujando por saltar de mis entrañas. Toso muy fuerte hasta que adelante mío aparece una figura grande y deforme.

–Quién está ahí!!! –grito con miedo.

–Soy el diablo, no me ves? –dice la cosa de mí adelante sacándose el polvo.

Ahora veo mejor. Su aspecto es carnoso, pegajoso, sucio. Sale de su cabeza unos cuernos grandes y cada vez que se mueve gime con tal dolor como si tuviera partes del cuerpo en carne viva.

–Veo que existir te duele mucho –y mientras decía eso algo adentro mío provocaba una ternura inimaginable. Pense que alguien verdaderamente malo no podría mostrarse con una apariencia tan asquerosa.

El diablo clavó su mirada en mí y ahí fue la primera vez que pudimos vernos.

–Pídeme un deseo –me ordenó con una voz antigua y sufriente.

Y así hice... Sin pensar en el mundo le pido un niñx. Qué extraño. Él soltó una carcajada y empezó a levantar nuevamente un remolino de tierra. Volví a toser hasta que la tos se convirtió en carraspeos hasta desaparecer. Casi como si eso de enfrente hubiera sido pura imaginación mía. Pero apenas acomodo mi visión empiezo a ver a mi alrededor cómo van apareciendo muchxs niñxs jugando. Eran demasiados. Algunxs deambulaban solxs. Otrxs gritaban y lloraban. Otrxs reían y otrxs parecían desconcertados, no entendían qué estaban haciendo allí. Me encuentro aturdida, ¿porque tantos? Ninguno es mi deseo. Pero de pronto, parado en el marco de la puerta y apenas asomado desde la oscuridad, siento unos ojos que me miran. Me estaba llamando con su mirada. Mi cuerpo se incorpora, como las víboras cuando las hipnotizan. Y comienzo a caminar hacia él. Pero él se iba alejando cada vez mas. Cruzo la puerta hacia la oscuridad y lo sigo entre los pasillos de barro que no paran de zigzaguear. Comienzo a marearme. Me desespero. Intento agarrarlo con mis manos, pero desaparece como un espectro. La desesperación es cada vez mayor. No te vayas, le grito. Pero a cada manotazo él suelta una carcajada. Es un juego. Izquierda, derecha, mareo, desconsuelo. Hasta que en una de las vueltas se abre una puerta que da a una habitación. Y pasando de reojo creo ver un pezón. ¿Un pezón? Vuelvo sobre mis pasos para ver mejor. Sí, es un pezón. Y uno gigante. Ahí me detuve a mirar. El niño también se detuvo. Me miró absorto. Nos olvidamos que éramos el uno para el otro.

Abajo de la tierra. Adentro de la vulva. Entre los laberintos de barro y el juego de atrápame si puedes. Lo que estoy mirando capta algo de mi que no sé que es. En la habitación hay una escena que levanta mi curiosidad. Me empiezo a acalorar. O es la curiosidad la que me acalora. Frente a mí hay una orgia de cuerpos, pezones, huesos, caderas, carne y piel arrugada y estirada, depende del momento y el lugar. Pies, manos y cabellos. Es una montaña, un cuerpo hecho de muchos cuerpos. Uno sobre otro formando una figura casi piramidal. Alcanzo a ver mejor y distingo en el centro a una anciana. Una anciana tan anciana que su cuerpo es deforme, lleno de callos, arrugas y con senos gigantes que caen por los contornos de su panza. Todos los cuerpos parecen erotizadxs por su vejez. Me llama la atención el tamaño de sus pezones. Gigantes de tanto haber amamantando. Siento ese líquido y la sequedad de mi boca comiendaa decirme: sed. Las lenguas la relamen para sacar su néctar mientras la anciana se embriaga de placer absoluto. Sed. Miro al niño que desde lejos entendió que lo abandonaría. Y así lo hice. Lo abandoné ahí, en las afueras de los pasillos de lo más profundo de la tierra para entrar a saciar mi sed.



El Edén

Tocaron el timbre y bajé. Cuando abrí la puerta era él. Moreno, alto, con un gesto de que estaba relajado y esperando a que le abrieran la puerta. Yo tenía algo de nervios, pero no tanto. Lo hice pasar al patio de adelante y cerré con llave. Qué linda casa me dijo y asentí, mostrándole algo más bello aún: dos orquídeas recién florecidas en la enredadera de la pared. Cruzamos el patio delantero y entramos. Le convidé un vaso de agua sin hablar demasiado. Ahí fue cuando le dije, vení, quiero mostrarte el lugar donde vivo. Él dejó el vaso sobre la mesada de mármol y me siguió. Subimos las primeras escaleras de madera que hacían mucho ruido para mi gusto. Cuidado con el tercer escalón, le dije. Estaba muy flojo y tenía miedo que se cayera. Pero lo atravesó bien. Mientras íbamos subiendo, la luz se iba apagando. Cuanto más subíamos más oscuridad salía de arriba. El entrepiso ya estaba totalmente a oscuras. Así que lo esperé para que no se chocara con la pila de cds viejos. No valía la pena detenernos ahí porque estaba lleno de polvo, lo agarré de la mano para que me siguiera sin perderse. Empezamos a subir el segundo tramo de escaleras de madera que empezaba con una pequeña curva. Los escalones de abajo eran los más grandes. Cuidado con el tercer escalón, le dije de vuelta, porque también estaba roto y podía hundirse en el abismo debajo. Los terceros escalones mienten, pensé sonriendo. Él tuvo cuidado y seguimos subiendo. Yo lo guiaba en la oscuridad. Mi casa era como un laberinto y nosotros, niños perdidos. Pero yo no y él sí. En verdad él sí estaba perdido y veía al final de la escalera una luz que llegaba a nosotros muy tenue a través de los escalones restantes, y dejaba ver que las paredes eran rojas. De a poco nos fuimos coloreando de rojo intenso. Y entre medio de dos escalones escuché un “psst”.

—Quién me habla ahora? —lo dije un poco susurrando porque no quería que el moreno pensara que hablaba sola.

—Soy yo!

Pude distinguir dos antenitas moviéndose en la madera. Era mi amiga la cucaracha de humedad.

–Hola, quería saludarte y decirte que... –la ignore y seguí subiendo las escaleras pretendiendo que nada de eso había ocurrido.

–¿Me dijiste algo? –me dijo el moreno.

–Sí, que me encanta que hayas venido hasta acá.

–Ah, no hay drama –me dijo. Revoleé mis ojos y le di la espalda. Al final llegamos a la puerta que había que abrir. Era una puerta blanca. Su pintura estaba resquebrajada y cubierta con algo de óxido. Eso hacía unos dibujos curiosos en la superficie, como unos tatuajes misteriosos. Como la piel de una anciana maquillada. Pero no importa, porque todo iba muy rápido también. Abrí la puerta y le dije vení. Entramos a un pequeño balcón de cemento que daba al patio interno de la casa y a mi cuarto. Él seguía relajado como esperando a que le abrieran puertas, bah mis piernas, mejor dicho. Pero yo solo quería llevar al moreno por mis laberintos, marearlo, amansarlo. Ahí él se me acercó de frente insinuando como que quería darme un beso. Yo lo tomé de los hombros, lo miré fijo siguiendo su juego y lo giré de cuerpo completo para mostrarle mi mi cuarto que estaba atrás de él. Pero solo por la ventana, le hice espiar las paredes color durazno y mi acolchado blanco. Como si le mostrara mi bombacha pero le prohibiera tocar. Miralo bien le dije, nunca vas a entrar ahí, porque solo entran poquisimas personas. Me miró con cara de no te creo. Yo me reí y me prendí un cigarrillo diciendole que era verdad, y que me agradan las charlas de balcón para fumadores. “Es verdad, y mirá atrás tuyo”. Cuando se dio vuelta pudo ver el jardín, que estaba varios metros hacia abajo, abajo de todo lo que habíamos subido. repleto de personas, todas estaban alrededor de una pileta gigante. Se zambullían, gritaban y se divertían. Los rayos del sol les golpeaba la nuca. Para bajar habían tres escaleras mecánicas y entremedio unos toboganes inflables aceitados para deslizarse. Me dijo wow. La temperatura empezó a subir. Le dije que baje y vea. Que se divierta. Lo miré desde arriba. Lo vi contento de entrar en ese edén. Me prendí un cigarrillo, lo termine. lo perdí de vista. Me prendí otro. El tiempo empezó a pasar y no volvía. ya habían pasado 5 cigarrillos. Bajé a buscarlo enojada y excitada. Lo agarre del brazo y mientras subíamos las escaleras mecanicas, la ropa que él tenia puesta se iba transformando en otra cosa. La tela se ponía más gruesa y le aparecían botones. El joggin

se volvía pantalón y sus zapatilla unos lustrados zapatos. Un uniforme? El traje se empezó a azular hasta que se convirtió en policía. Y mi ropa empezó a caer. Mi cuerpo quedó lentamente al desnudo mientras ambos nos mirábamos sin entender muy bien qué era lo que pasaba. Subiendo La escalera mecánica nos miramos desconcertados. Yo no sabía que decirle, después de todo había sido mi invitación. El espacio empezó a hacerse más agosto y de pronto la realidad comenzó a tener una forma extraña. Mi cuerpo desnudo se pegó al uniforme y aparecimos adentro de un auto . Él estaba sentado en el volante y yo sobre su falda, entre el volante y su pecho, mirándolo. Nos estábamos besando, me sentía como una recién nacida gigante. El auto estaba en marcha, él me besaba y aceleraba. Andábamos quién sabe por donde. Ya era de noche y el relato lo siguió él.

Recuperación

Hace unos años abrí los ojos en una cama de hospital. Al principio fue confuso, las dimensiones de mi cuerpo eran inmensas comparadas con las sábanas. No podía hablar, había perdido la memoria. No reconocía las caras, y no sabía quién era. Me levanté y caminé hacia lo que tenía más cerca. Comencé a construir una historia apropiándome de recuerdos y sensaciones que supuestamente tenía que sentir. Empecé a sentir cosas que me parecían nuevas, aunque me decían que eso siempre estuvo ahí. Yo siempre con mis dudas, dudas que no sabía de dónde venían. Algunas eran diferentes, extrañas, a veces amigables. Nadie me dijo nada tampoco. Hablé con personas sin prejuicios, me acerqué sin entender, sin saber si yo era cercana a alguna experiencia o lejana a alguna idea. Me pisaron, me resguardé en el amor que me dieron. Pensé que quizás nadie me conocía, y que yo necesitaba algún tipo de dirección. Permanecí dormida en vida hasta que un día me levanté y el viento frío me pegó en la cara. Ahí entendí que mi memoria no era real, no era yo quien estaba consciente. Mi cuerpo tembló pero mi angustia se movió como un mar revuelto a punto de romper. Cuando desperté vi a una chica a mi lado sentada en un sillón blanco. Estaba como esperando algo, pero yo no sabía ni quién era. Su presencia me extrañó, pero a la vez me tranquilizó. Creo que en su mirada había perdido algo, o todavía lo estaba buscando. Entonces, así sin más, y de la nada, de repente llegó: me di cuenta que había recuperado la memoria. Hacía años que un tren me había golpeado la cabeza. Recordé que tenía una hermosa novia que me había esperado todo ese tiempo, en un sillón blanco, a que la reconozca.



Pensamiento filosófico para monjas de Constitución

Hace tanto frío que no llego a ver el final de la calle. La neblina me envuelve como un frigorífico y soy un pedazo de carne caminando. Daniel camina al lado mío pero creo que está pensando en otras cosas mientras le hablo. O le hablo tan rápido que no puede seguir mis pensamientos. Cruzamos la calle y caminamos por un paredón blanco larguísimo de estilo colonial que para mí funcionaba como un túnel hacia el presente, me gusta pensar en la no linealidad de los sucesos. También me gusta pensar que la historia es solo una idea construida con algunos recuerdos. Es mentira. las personas siempre sintieron igual que sentimos nosotros ahora. no hay más para analizar, aunque les parezca corto. Daniel me dice que está re fumado. -y este lugar qué es? le pregunto a dani -un convento -en serio? -sí, de monjas de clausura. -monjas de clausura?! me jodés... -sí. hacen una visita guiada los primeros domingos de cada mes. La clausura y la sociedad de respuestas. . Aceptar una realidad de total salvación. encerrarse: darle un fin a la vida. Pero no un fin, si no un fin de finalidad. Darle un sentido digo, no terminarla. El sentido de encerrarla y acotarla. Yo creo que las monjas la pasan re bien adentro aunque pienso que la idea del adentro y afuera es, no sé.... como decir que adentro es bueno y afuera es malo. Por alguna razón mi cabeza hace esa asociación. Pero afuera no es malo, eso es lo que pienso. Afuera es, y adentro también, quizás como lo siento en mi cabeza es mejor. O es algo que pienso y después lo siento en el corazón, ¿se siente o se piensa antes? Me acuerdo que tuve esta charlita por whatsapp con Cata el otro día. Ella defendió el sentimiento de tristeza porque la hacía conectarse con algo más real y profundo y a partir de ahí buscar alternativas para no sentir ese malestar. Lo defendió y está bien. A mí me salió decirle: no te pongas triste. Quise decir que no hay que bajar los brazos, o que no les diera a ellos lo que esperaban conseguir: desalentarnos. Le corté el chat porque entré a clase. No terminé de escuchar sus audios ni volvimos a hablar. Voy a aprovechar el domingo para ir a visitar a las monjas. Me da curiosidad. Me dijeron que las monjas de clausura son las que más rico cocinan y que cuando las visitas son como duendes. Hacen una mímica a escondidas: aparecen cuando te das vuelta y ponen cosas

sin que te des cuenta. Cuando estaba en la secundaria fui a un retiro espiritual. Nos pidieron que lleváramos muchos dulces en la mochila para la primera noche. Esa primera noche mientras cenábamos en un voto de silencio y reflexión, nuestra dulzura desapareció. Un guiño de buen gusto quizás. Nunca lo entendí. Terminé en la cama de uno de los coordinadores y a los dos días tuve que lavarle los pies frente al cura que daba la misa. Me pareció todo un gran chiste. Me da curiosidad de qué hablan las monjas de clausura todo el día. aunque no tanto, deben rezar y cocinar quizás. me dijo una amiga... igual tambien no vuelven a salir porque se ponen de novias con otras monjas.



Mosaicos romanos

Te escribo esta carta mental antes de desvanecerme en el vacío de la noche. Vestida de negro soy una sombra que acaricia las paredes de los edificios. Me pregunto si es real que pueden interesarte las cosas que compartimos a pesar de nuestra diferencia de edad: la pintura, los olores, las personas, las bandas de música... esas cosas. Por ejemplo si te digo mosaico romano pintado al óleo, ¿que se te ocurre?

Hace tres años vi una película que me volvió loca. La protagonista es una vampira que anda en skate y sale por las noches a matar hombres. Cuida especialmente a otra chica que es prostituta y lleva una bufanda negra por encima de la cabeza y alrededor del cuello que le da un aspecto de musulmana religiosa. Tiene los ojos tomados por sus pupilas. La peli va de acá para allá hasta que ella se enamora de un chico y en la escena en que se van a dar un beso suena una canción que repite todo el tiempo "este miedo me atrapó". spoiler: ellos nunca logran besarse.

¿Te pasó alguna vez de estar leyendo un libro y por un momento olvidarte de quién sos? La tengo adentro del cuerpo cada vez que estoy sentada en el vagón del subte B en dirección a Rosas. Volviendo de algún lugar siento desolación y hace un frío húmedo que atraviesa la ropa, la ablanda y la deshilacha. Miro un punto fijo del piso entrecerrando la mirada para que el verde se funda en el rojo aterciopelado de los asientos, así puedo concentrarme en el sonido de las ruedas andando sobre los rieles. Me impresiona pensar en las personas que deciden morir descuartizadas por ese magnetismo de metal a metal. Detenida en esa impresión el tren frena, se apagan las luces y cuando se vuelven a prender aparece un hombre sentado al lado mio. De reojo veo una silueta negra. Tal vez la oscuridad duró más de lo que esperaba... ¿o me dormí? Tengo terror y sé que no hay nadie que pueda escucharme. Soy miles de arañas caminando una encima de la otra aplastandose en el pánico. Miles. Miro mis piernas que se deshicieron en un líquido, no puedo correr. El hombre me molesta tanto que quiero abrir mi pecho a la mitad y entre

mis órganos blandos caminar hasta el próximo vagón, pero el miedo me hace comerme los labios. Acerca su mano para tocarme y antes de gritar me doy cuenta que estoy adentro del libro y respiro.

Una vez hace poco conocí a un vampiro. Me sorprendió cruzando una calle, a unas cuadras de mi casa. Yo salía del subte y caminaba con la bufanda sobre mi cabeza. Me gritó “¡señorita!” y me pidió un cigarrillo. Se quedó mirándome fijo mientras yo buscaba en mi bolsillo la caja. Me desconcerté y me perdí en el abismo negro de sus ojos por un rato. Él tenía quizás 20 años. Me envalentoné y le dije “¿qué? ¿qué pasa?”. Sólo quiero un cigarrillo, me dijo sin mover los ojos. se lo di y me fui corriendo. Me hubiese gustado saber algo más de él, caminar unas cuadras, preguntarle que hacia ahí a esa hora con ese frío y porqué había decidido hablar con una sombra de la ciudad. Nunca mas lo volvi a ver. ¿Cómo supe que era un vampiro? Porque lo vi vacío y en su mirada me pedía algo a cualquier costo.

Antes de desaparecer, abro acantilados de vacío y viento alrededor de mi cuerpo. Me escondo de las personas pero grabo esta carta mental para vos a modo de aprecio. Lo primero que se me viene a la cabeza son libros de arte, nunca vi mosaicos romanos.

Agus Leal (Buenos Aires, 1991) es artista y escritora.
Ilustraciones de Amanda Tejo Viviani (Madrid, 1994).



Ediciones Microcentro
Buenos Aires, junio de 2022